

JESUS NO HACE ACEPCION DE PERSONAS

Introducción

En un contexto actual donde todo es criticado y se sufre diferentes tipos de marginaciones, el hecho es; que donde uno se mueve esta siempre al acecho de criticas y murmuraciones, es decir, con quien se interrelaciona. Y como consecuencia se forman algunos grupos de personas las cuales murmuran observando a las personas, esperando ver lo que haces y con quienes te juntas y según sus puntos de vista empiezan a hacer juicios según sus criterios. Lo que es peculiar en estas personas, es que emiten juicio sin saber y/o conocer el verdadero fin, u objetivo de su trabajo o modo de vida.

Ahora quiero presentarles en una pequeña escena algo que sucedió en la época de Jesús: Jesús nunca hizo acepción de personas, el anduvo con algunos personajes muy peculiares, por ejemplo; dentro de sus discípulos había pescadores, un publicano, prostitutas, una tal Juana mujer de Chuza quien era mayordomo de Herodes, terroristas conocidos en esa época como zelotes, es decir todo tipo de personas incluyendo a escribas, y fariseos etc. Pero con una peculiaridad en común; ellos eran gente necesitada.

¿Con quienes se juntó, con quienes trató Jesús?

Si hablamos de mujeres estas son: María, Juana y Susana. Sus discípulos, publicanos y pescadores, también fariseos, recaudadores de impuestos (considerados como traidores al pueblo), zelotes, prostitutas, todos aquellos marginados por la sociedad de ese tiempo.

¿Qué consecuencias vivía Jesús por caminar con ellos?

Lo tildaban como pecador, sobre todo los religiosos de ese tiempo, puesto que los fariseos tenían prohibido juntarse con pecadores. Por eso Jesús fue criticado, por juntarse con esta gente prácticamente marginada. En este sentido Jesús jamás cumpliría las expectativas, por eso lo criticaban.

¿Como tildó la gente a Jesús?

Mateo 11:19: *"Vino el hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: he aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores,*

Trataban de hacerle quedar mal en todo momento, Jesús tuvo que andar y convivir con estas personas para mostrarles la salvación.

¿Cuál era la motivación de Jesús?

Mateo 9:12-13: *Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. ¹³ Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento.* **Reina-Valera 1960**

Su motivación era la empatía y la misericordia con los que no fueron aceptados por la mayoría, por ser pobres, estar enfermos o por ser mujeres o prostitutas...

Oseas 6:6: *"Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos".* **Reina-Valera 1960**

Jesús tiene en el centro de enfoque las personas en sus diferentes situaciones, dificultades, pecados. Y su anhelo y motivación era, compartir con ellos para mostrar que el Reino de Dios tiene en su enfoque la misericordia con todos y sin ninguna diferencia.

Que significa esto para nosotros hoy:

Debemos tener el mismo enfoque, ver en el centro a la persona, aunque esta esté embarrada de pecado, envuelta en vivencias que no podemos compartir.

2 corintios 5:16: De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. ***Reina-Valera 1960***

No conocer ya más a nadie según la carne: Eso significa: "Ya no conocemos ni evaluamos a alguien solamente según medidas humanas; más, antes evaluamos a Cristo también así, mas ahora ya no. Eso es lo mismo como ver en cada uno la imagen de Dios, ver al otro con los ojos de Dios y ya no solamente con ojos naturales y humanos.

Aquí menciono a algunos grupos, tal vez haya más:

- Personas con discapacidad
- Mendigos
- Los que viven en las garras de un vicio
- Los que cometieron delitos y están tras las rejas (homicidios, delito contra la libertad sexual)
- Aquellos que tienen otra postura política que la que tengo yo
- Los de otro status social
- Los de la comunidad LGBTQ, ETC,

¿Cómo los veo?, con mis ojos, con mi medida, según mi evaluación humana natural, o logro ver en ellos la imagen de Dios. ¿Logro ver en ellos la necesidad profunda de salvación?, ¿logro ver en sus ojos el anhelo de poder cambiar su vida, al menos de recibir un abrazo, un consuelo, una mirada de amor?

¿Logro encontrarme con ellos en equidad, y no desde una posición de superioridad moral? ¿Logro encontrarme con ellos, como Jesús lo hizo?

¿Logro ganarme su confianza, logro ser herramienta para que Dios se pueda manifestar en sus vidas ...?

¿Qué produjo el "ver al otro con los ojos de Dios"?

Mateo 11:19: "Vino el hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: he aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores, pero la sabiduría es justificada por sus hijos".

Esta última parte se debe entender de la siguiente manera: ***" la sabiduría (de Dios) se muestra en lo que produce, en su efecto, en sus frutos"***

La vida de Jesús produjo fruto en todo tipo de personas, porque nunca hizo acepción o alguna diferencia en las personas. Se convirtieron Fariseos (textos extrabíblicos dicen que eran muchos), se convirtieron personas de la aristocracia (La esposa de Chuza tesorero del reinado de Herodes), subversivos, artesanos, prostitutas, enfermos..., Jesús vio la imagen de su padre en todos y la necesidad inmensa de recibir amor y de ser acogido, amado y restaurado.

Conclusiones

- Debemos proponernos de mirar a las personas con los ojos de Dios: como él lo haría y como Jesús lo hizo.
- Ser más empáticos con aquellas personas que necesitan ser aceptadas, brindándoles el amor que Dios ha puesto en cada uno de nosotros.
- Dejar de lado nuestra indiferencia hacia la sociedad que necesita escuchar el mensaje de la salvación, así como alguna vez llego a nosotros.

Los siete traviesos y la dama delicada de la tercera edad

Lo que quiero relatar sucedió durante unos días de vacaciones.

Cierto día, mi esposa y yo estábamos paseando con nuestros cuatro hijos en la ciudad. Como hacía mucho calor, mi esposa se antojó ir a comer helado. Entonces nos sentamos en una heladería y pedimos nuestros helados. Estábamos sentados en la vereda, en una callecita sin tránsito, disfrutando del helado y observando a las paseantes.

Repentinamente escuchamos desde cierta distancia gritos y maldiciones; un grupo de jóvenes alborotadores vino corriendo por la calle.

Uno de los jóvenes, de quince o dieciséis años, de trato rudo, se puso a gritar a los que pasaban. Sin consideración de edad, este joven gritó y maldijo a cada uno que pasaba y sus compañeros se burlaron de las personas asustadas y animaron con sus risas a su compañero a seguir.

Cuando este grupo estaba todavía a 100 metros de nosotros, yo ya había empezado a reflexionar, que podríamos hacer. Mayormente me siento bastante impotente si cosas como estas suceden y me dan ganas de escaparme. No obstante, no había opción a escaparse, porque todavía no habíamos pagado nuestra cuenta.

Permitir que este joven grite a mi persona y a mi familia, tampoco no era opción. Así que preparé en mi mente una respuesta con supuestos ataques verbales, seleccionando palabras menos hirientes que las que usó el joven.

En cuanto más se acercó este grupo de chicos, en tanto más incómodos nos sentíamos nosotros.

Finalmente, los chicos descubrieron esta heladería y se dirigían directamente hacia nosotros.

En la mesa a nuestro lado estaba sentada una pareja de la tercera edad; gente muy amable, que ya nos habían dirigido la palabra, preguntando por nuestras cuatro hijas.

Ambos estaban alrededor de los 70 años de edad, muy amables, pero bastante delicados y se les veía frágiles.

La mesa de ellos estaba más expuesta a los chicos y yo temía que los chicos rebeldes podían burlarse y maldecir a esta pareja delicada.

Me veía impotente y anhelaba realmente poder desaparecer del lugar antes que sucediera algo. Yo sentía la responsabilidad moral de proteger y apoyar a esta pareja, no obstante, haciendo eso, hubiera atraído la atención de los chicos a mi persona y a mi familia; hecho que no quise provocar.

Pero luego se desarrolló todo muy diferente de lo esperado.

Lo que me llamó la atención, fue que vi que esta mujer delicada no miraba a los chicos con una mirada seria y de rechazo como otros. Pensé descubrir en sus ojos algo como- un amor expectante

Ella miraba a los chicos con apertura, no mostró nada de temor, ni tampoco de rechazo. Los chicos se acercaron a esta mesa y, como lo habíamos temido, empezaron a gritar y a burlarse de los dos ancianitos.

Yo pensé como intervenir.

Temía que la mirada suave de los ancianos, incentivaría al joven líder del grupo aún más para gritar, burlarse y para maldecirlos. Lo hizo con algunas expresiones feas, burlándose de su edad, de que serían ancianos babosos que deberían estar que estar muertos hace rato... entre otras expresiones.

En forma paralela el joven empujo la mesa de los dos con propósito y produjo que el café se derrame sobre el vestido y la blusa de bordados de la dama. No obstante, la dama, en vez de reaccionar fuerte, se quedó sentada, tranquila, sonriente, como desde el inicio.

Luego sucedió algo que me quitó el aliento que nunca en toda mi vida olvidaré: la dama se levantó de su silla. El joven, todavía gritando, expresó: "¿Debo tener ahora miedo; me acusará?" "De ninguna manera", respondió la dama y seguía "ven joven, ven a mí" Y ella dio dos pasos hacía el gritón y lo abrazó fuertemente. Ella ni siquiera le llegaba hasta sus hombros, pero igual lo abrazó fuerte y le acarició la cabeza, casi calva.

Totalmente sorprendido, el joven, aceptó las caricias maternas de esta dama. Eso no eran solamente caricias maternas, era mucho más: "Mi hijo querido", dijo la dama, "desde cuando vivirás sin muestras de amor. Cálmate ahora en mis brazos."

- ¿Cuánto tiempo vives sin amor?
- ¿Hace cuánto tiempo alguien te ha abrazado por última vez?
- ¿De dónde surge toda tu ira y tu desesperación?
- Ven a mis brazos y dime que es lo que te duele.

De repente este chico alto y grueso parecía ser un niño pequeño. Con los hombros caídos estaba parado delante de la dama.

Ahora pude ver que la dama tuvo lágrimas en sus ojos. El joven grueso ya no era el mismo, altivo, prepotente... de antes. Empezó a llorar y finalmente escuché sollozos. Fue sacudido de llantos y sollozos; sus hombros y todo su cuerpo se sacudían.

Cuando la dama lo hizo sentar a su lado en otra silla, el chico puso su cabeza en su regazo y se dejó acariciar por un largo tiempo.

Sus compañeros estaban como perdidos parados, mirando, hasta que el caballero los invitó a sentarse y pidió helado para todos.

De repente se me aclararon las cosas y yo podía ver el panorama con nitidez. Ya no vi a una dama y a su esposo sentados en la mesa a nuestro lado, sino veía sentado allí a Jesús, que extendió en su amor grandioso su mano hacía el corazón de este joven; hacía su hermano al que amaba.

Yo quedé profundamente avergonzada. Por miedo y rechazo yo me había preparado en mis pensamientos de responder con palabras hirientes para lanzarlos hacía este niño, pensando proteger así a mi persona y a mi familia. No obstante, este chico también era mi hermano, quien merecía mi amor y mi amabilidad. Se me atoró la garganta y lágrimas subían dentro de mí.

Nuevamente miraba la mesa a nuestro lado. Jesús seguía sentado allí, consolando al chico.

Dentro de mí, en silencio, pedí perdón a Jesús por mi temor y rechazo. En este momento Jesús volteaba su cabeza y me miraba con sus ojos llenos de misericordia y amor que me decían: "Te perdono, y te seguiré amando".

F. Javier Delgado